

RETORNO

Llegar a las islas Solovetsky, conocidas por haber sido un campo de prisioneros, es hoy una aventura extraña. No sólo por su perturbador pasado, sino porque, como toda Rusia, parece vivir en un tiempo congelado.

AL ARCHIPIÉLAGO

La música de los '70 es cotidiana. La burocracia, apabullante. Y el paisaje y su gente liberan una letanía propia del 1900, cuando el siglo todavía era inocente.

DEL GULAG

desde las Islas Solovetsky, Rusia, por Andrea Kowalski

LLEVABA apenas dos semanas en Moscú y repentinamente me invadió una necesidad urgente por viajar. Me entretuve con la silueta de los volcanes de Kamchatka. Recordé la imagen surrealista, en televisión, de un criador de venados en Siberia, votando por Yeltsin mientras decía: "Que gane el que gane. Mi vida aquí no va a cambiar". Imaginé un país tan extenso que si una persona emprendía un viaje desde Moscú a la ciudad más extrema del oeste, Vladivostok, tomaría siete días seguidos arriba del Trans-Siberiano.

Entonces, milagrosamente, oí de las remotas islas Solovetsky, en el norte de Rusia. Hasta ese instante, lo único que sabía de ellas era que, situadas en el Mar Blanco, a 150 kilómetros del Cí-

culo Polar Ártico, eran tan notorias como Auschwitz. Mi referencia era la versión editada de el "Archipiélago del Gulag", del escritor Alexander Solzhenitsyn (ver recuadro), una descripción tan sombría de los campos de trabajo de Josef Stalin, que nunca puede leer de principio a fin.

Curiosamente, ese archipiélago había adquirido significado histórico, era una lección sobre crueldad humana y opresión. Así es que después de consultar mi guía "Lonely planet" —una biblia para el viajero— decidí encaminarme hacia las islas a mi manera.

Afortunadamente, decidí comprar mi pasaje de tren con un día de anticipación. La estación de Yaroslavl en Moscú es una verdadera pesadilla burocrática. Noté que mi vocabulario se volvía más grosero y callejero a medida que

me convertía en víctima del estético pimpón, en el que cualquier persona identificada como turista será invariablemente dirigida hacia la fila equivocada, para ser luego dirigida hacia una nueva fila, hacia otra más y otra más. Sostengo firmemente que las babushkas, los retwellers de mediana edad que se encargan de vender los pasajes en las estaciones, se entretienen enormemente abusando de los turistas, observándolos ir de ventanilla en ventanilla.

ENTREN A KEM

Mi tren a Kem dejó la estación a la exacta medianoche. Por sorprendente que suene, los trenes rusos son muy puntuales.

Viajé en segunda clase por US\$40, por la sencilla razón de que no me permitieron viajar en

tercera. En Rusia existen dos precios para prácticamente todo. Los turistas suelen pagar más por las entradas al teatro (y en realidad por cualquier tipo de entrada o pasaje). Pero no existe una proporción fija, sino que varía entre el 50 y el 100 por ciento. Lo peor del caso es que, como turista, uno nunca logra salirse con la suya. Las babushkas han desarrollado un sexto sentido y son capaces de detectar una farsa a kilómetros de distancia. Logran distinguir un acento falso, unos lentes de prescripción que no pueden ser comprados en territorio ruso o unos



AUTORÍA

Kowaski, Andrea

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Retorno al Archipiélago del Gulag [artículo] Andrea Kowaski.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile